



Se perdió la estrella. No es que hubiera desaparecido, sino que la multitud de luces que ahora presidían esta ciudad a la que se habían acercado la anegaban sin dejar distinguir su presencia atrayente, esa presencia que era una mirada del cielo, unos ojos que deslumbraban el corazón.

Aquellos tres hombres pararon su monovolumen azul y bajaron a preguntar. Pero los hombres de aquella ciudad no sabían lo que era el cielo oscuro de la noche donde habitaban las estrellas. Ya no sabían lo que era el cielo oscuro de la noche donde el hombre se encuentra consigo mismo, pues se habían encargado de alumbrar cada paso con la energía que ellos mismos arrancaban a la tierra. Sólo algunas veces parecía abrirse un oscuro vacío en su interior, sólo algunas veces. Enseguida un somnífero, un cubata, una visita a los grandes almacenes, unos cuantos gritos y el paraíso volvía a aparecer.

Envuelta con las luces que entretenían la mirada la palabra navidad se dejaba sentir de manera omnipresente. Éste era el nombre de la estrella tal y como habían leído los tres hombres en aquel antiguo código encontrado en una casa derruida.

Alguno les indicó que si existía esa estrella no podía estar en otro sitio que en *Internet*, que buscaran allí.

Tuvieron que pedir ayuda para abrir las puertas de luz de aquel viejo PC que todavía resistía en un estrecho antro donde casi todos con cascos puestos parecían absorbidos por acciones y reacciones en un diálogo sin palabras, que traducía el mando que manejaban sus manos. Al fin apareció la página del buscador *Google* y pusieron la palabra Navidad, pulsaron en la pestaña *Imágenes*, pero aquello era un caos donde la mirada celeste que a través de una estrella les buscaba quedaba presa entre imágenes que a veces les dejaban absolutamente perdidos. Quizá había que buscar en la segunda página, pero fue igual: Un portal de Belén meloso al lado de una tía en cueros, la familia Simson (alguno les dijo quién era) junto a un gato vestido de Papa Noel. Llegaron a la quinta y no quisieron seguir, puesto que notaban cómo esa luz artificial estaba agarrando los deseos de su corazón atrayéndolo como hizo Calipso con Ulises.

Decidieron volver a la oscuridad que custodiaba los caminos que salían de la ciudad y, como prendida del anhelo hondo que les habitaba, aquella estrella volvió a tintinear en el frío oscuro de su corazón cansado. De repente se sentó junto a ellos el ángel de la vida, que no se parecía en nada a los que habían visto en la ciudad vendiendo colonias y turrón, y se puso a cantar en el interior del coche: **el Señor está con vosotros, gloria al Dios que da la paz**. Detuvieron el coche y allí mismo, les venció la Vida para siempre.

Un par de jóvenes, que se habían dejado intrigar por aquellos hombres tan extraños y su monovolumen azul lleno de barro y sin MP3, hombres que parecían no saber lo que era la Navidad y hablaban de estrellas, de Dios y de la oscuridad de la noche interior de la vida... los habían seguido con una pequeña moto, perdidos por aquellos parajes nunca antes pisados. Ellos también fueron envueltos por la luz de la vida y entregaron (dejándose contagiar por el gesto de unos pastores que ofrecían requesones que llevaban en el zurrón) a aquel cuerpo de amor penetrante su vale para el cotillón de noche vieja.

Uno de los jóvenes se sentó y sacó su *I-Pod*, subió el volumen y cientos de ángeles a los que los pantalones no llegaban a cubrir sus calzoncillos convirtieron su rap de soledad y angustia en un canto eterno de luz y libertad.

Feliz navidad si la encuentras. Estaréis en mi oración de estos días de esperanza.

Paco.